

en su reinado se consagró al culto católico ganado á los enemigos de la fé; el rey dió las gracias por su heroica conducta á don Diego de Merlo y sus capitanes; se nombró gobernador á don Luis Fernandez Portocarrero, señor de Palma; se relevó la guarnicion, reforzándola con mil ballesteros y cuatrocientas lanzas de las hermandades, y no queriendo el rey dejar aquella tierra sin hacer un alarde que hiriese el orgullo del soberbio Muley, salió con su hueste á correr la vega de Granada, destruyendo sembrados y molinos, apresando ganados, y proporcionando con esto nuevas provisiones á los de Alhama, hecho lo cual, se volvió con el ejército á Córdoba (1).

Ocurrían á este tiempo en Granada graves discordias é intrigas domésticas, que comenzando por celos de mugeres y acabando por partidos políticos, traían entretenido, turbado y en no poco peligro á Muley Hacén, é incapacitado para obrar con energía contra los cristianos, teniendo que cuidar de salvar su trono y aun su propia vida. Había motivado esta situacion el resentimiento y enojo de la sultana Aixa (la Honesta), á quien el fogoso emir trataba con afrentoso desvío desde que había consagrado su corazón y

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, cap. 35 á 54.—Pulgar, Cron., parte III., cap. 1 á 7.—Lucio Marineo Siculo, lib. XX.—Conde, Domin. part. IV., cap. 34.—Lebrija, Rerum Gestarum Decades, lib. I.—Marmol, Rebel. de los moriscos, lib. I.—Salazar de Mendoza, Crónica del Gran Cardenal, lib. I.—Id. Chrón. de los Ponces de Leon, elog. 47.—Id. Orig. de las dignidades seculares, lib. 12.—Medina, Cron. de los duques de Medinasionia, lib. VIII.—Salazar y Castro, Hist. de la casa de Lara, libro 12.

sus violentos amores á una hermosa cautiva cristiana, cuyo nombre bautismal era Isabel de Solís y entre los moros se llamaba Zoraya (*Lucero de la mañana*), á quien había hecho la sultana favorita, y para quien eran todos los galanteos, todos los obsequios y caricias del apasionado emir (1). Fiaba Muley los negocios del gobierno al vazzir Abul Cacim Venegas, de linaje cristiano también, y descendiente de los Venegas de Córdoba, el cual con toda su familia fomentaba la pasión del rey y sus amores con Zoraya (2). A instigacion y por consejo de este ministro inmoló el rey con inhumana ferocidad varios alcaides y caballeros de la tribu de los Abencerrages, enemigos de la familia de los Venegas y partidarios de la sultana Aixa (3), lo cual no hizo sino exasperar mas aquella intrépida raza, y que aceptára con mas empeño los planes de la sultana desfavorecida. Era el designio de esta hacer proclamar á su hijo Abu Abdallad (el *Boabdil* de nuestras crónicas), y poner en sus manos el cetro arrancándole de las de su padre. La conquista de Alhama por los cristianos, las desgraciadas campañas de Muley, y la correría de Fernando por la vega de Grana-

(1) Hay una novela del señor Martínez de la Rosa, titulada *Doña Isabel de Solís*, fundada sobre este episodio histórico.

(2) Bernaldez, Reyes Católicos, cap. 37.—Lafuente Alcántara, en la Historia de Granada, tom. III., cap. 17, se refiere á documentos

curiosos acerca de esta familia, sacados de los archivos de la casa del marqués de Corvera.

(3) Tal vez, según Pulgar, fué esta la causa del famoso degüello de los Abencerrages en la Alhambra, que ha dado materia á tantos y tan novelescos romances.

da, dieron pie á los ofendidos para desacreditar al viejo Abul Hacen y representar como desastroso su reinado, pintándole como el verdugo de los Abencerrages, como entregado á los hechizos de una cristiana y á las influencias de renegados traidores, y como la ruina del imperio musulman. Tal era el estado de la opinion en Granada cuando regresó Muley de su última desgraciada expedicion á Albama.

Mostróse este disgusto en un tumulto popular movido en el Albaicin por los Abencerrages, de cuyas resultas hizo prender el rey y encerrar en una torre de la Alhambra á la sultana Aixa y su hijo Boabdil, cómplices de aquel movimiento, y como desconfiase ya de sus súbditos, envió una embajada al rey de Marruecos pidiéndole socorro de gentes para intentar otro golpe sobre Albama. La astuta sultana hizo descolar á su hijo de la torre de la prision por medio de una cuerda hecha con su propio velo y con los almaizares y tocas de sus doncellas. Los Abencerrages, que esperaban con caballos al pie de la torre al jóven príncipe, trasportáronle de noche y al galope hasta Guadix. A los pocos dias, solazándose el enamorado Muley con su querida Zoraya en los jardines de los Aljares, oyó gritos y voces de tumulto en el recinto de la ciudad. Eran los Abencerrages que acababan de entrar proclamando á Boabdil de acuerdo con el alcaide de la torre en que estaba la sultana prisionera. Lanzóse Abul Cacim Venegas sobre los tumultuados, y trabóse un

combate sangriento en las calles: el populacho se puso de parte de los revoltosos, y el rey y su ministro favorito tuvieron que fugarse de Granada antes de amanecer y buscar un asilo en el castillo de Mondujar. Acudieron allí á ofrecerles sus espadas todos los de la familia Venegas, juntamente con Abdallah el Zagal (*el Valeroso*) que era de su partido. Alentáronse con esto á revolver sobre Granada en altas horas de la noche con la esperanza de sorprender á los corifeos de la revolucion, mas como no pudieron hacerlo sin ser sentidos, renováronse las horribles escenas de la noche anterior; peleábase encarnizadamente en todas las calles, en unas en medio de las tinieblas, en otras á la escasa luz de teas y faroles que los vecinos sacaban á las ventanas para alumbrar el combate; todo era degüello, mortandad y estrago; los principales defensores de Muley cayeron inmolados al furor popular, y el rey y su vazzir tuvieron á gran suerte poder escapar con vida y refugiarse en Málaga seguidos de un pequeño grupo de leales.

Mientras tales escenas ocurrían en Granada, la reina Isabel de Castilla con su acostumbrada actividad despachaba desde Córdoba cartas y provisiones apremiantes á las ciudades y caballeros de Castilla, de Leon, de Galicia, de Extremadura y de Vizcaya, para que acudiesen con víveres y contingentes á proseguir la guerra contra los moros. Supo que andaban por Africa emisarios de Muley Hacen pidiendo

socorros y reclutando gente del rey de Marruecos, é inmediatamente mandó armar una escuadra, que encomendó á dos de sus mejores almirantes, para que con ella cruzasen el Estrecho é impidiesen todo desembarco y comunicacion con la costa de Berbería. Pero la expedicion principal que se proyectaba era contra Loja, rica ciudad, situada en un profundo y delicioso valle que atraviesa el Genil entre dos escabrosas sierras, cuya conquista era importantísima, así para asegurar la posesion de Alhama, como para abrir y facilitar la entrada á la vega. Defendíala, además de su natural posicion, que la hizo llamar *la flor entre espigas*, una buena fortaleza, y habíase reforzado su guarnicion con tres mil hombres de gente escogida al mando del valeroso y veterano Aliatar, que habia sido un pobre especiero, y por sus hazañas se habia elevado á los mas altos cargos de la milicia. El rey Fernando, ansioso de distinguirse en esta guerra y mas fogoso esta vez que prudente, sin esperar á que acabáran de reunirse los subsidios de las ciudades, y contra el dictámen del entendido marqués de Cádiz y otros prácticos caudillos, determinó ponerse sobre Loja, y cruzando por Ecija el Genil con una hueste de cuatro á cinco mil caballos y de ocho á diez mil peones, llegó á la vista de Loja y sentó sus reales á orillas del rio entre cuevas, olivares y barrancos, donde no podia desplegarse la caballería (1.º de julio), y donde las azequias y colinas no permitian ni socorrerse con

oportunidad ni siquiera observarse entre sí los diferentes cuerpos.

Pronto advirtió el diestro Aliatar los desaciertos de los enemigos, y mas conocedor que ellos del terreno, hizo emboscar una parte de su gente entre los olivares y huertas á la faldá del cerro de Alboacen. En una salida que despues hizo fingió retirarse huyendo de las lanzas conducidas por el maestre de Calatrava; los cristianos llenos de ardor seguian el alcance, cuando se vieron bruscamente arremetidos por los emboscados, revolvieron tambien sobre ellos los lanceros y flecheros de Aliatar, una lluvia de saetas descargó sobre el jóven y valeroso maestre de Calatrava, don Rodrigo Tellez Giron, que peleaba en primera línea, y se distinguia por la cruz colorada del hábito de su orden, y dos de ellas con puntas envenenadas se le clavaron debajo del brazo por la cortadura del arnés, que le causaron la muerte á las pocas horas con gran pesadumbre de todo el ejército (1). Fernando conoció ya su error y retrocedió á Riofrio, dando orden á los suyos para que levantáran las tiendas del cerro de Alboacen. No bien habian ejecutado á la mañana siguiente esta operacion, cuando vieron ya á los moros posesionados de aquella altura; apoderóse á su vista el pavor de los cristianos, y ya no pensaron sino en salvarse en la mas precipitada fuga.

(1) Una humilde cruz de piedra, llamada *la Cruz del Maestre*, que segun tradicion cayó muerto ha conservado hasta hace poco aquel malogrado caballero en Loja la memoria del sitio en que segun tradicion cayó muerto aquel malogrado caballero.

Aprovechó Aliatar el desorden del campo enemigo; y saliendo de Loja con todas sus fuerzas se lanzó con tal furia sobre los contrarios, que solo un esfuerzo de serenidad del rey puesto á la cabeza de su guardia y de una banda de caballeros pudo detener al formidable moro y salvar al ejército de su total ruina. Siguióse un combate terrible, en que peligró muchas veces la vida de Fernando, no menos que la de los caballeros castellanos que presentaban sus pechos por salvarla, y principalmente la del marqués de Cádiz, que á la cabeza de unas setenta lanzas, y aun peleando é pie despues de muerto en caballo, tuvo á raya á los moros y dejó sin vida algunos de sus capitanes. Corrió no obstante con abundancia la sangre de los caballeros castellanos. El condestable don Pedro de Velaseo recibió tres cuchilladas en el rostro; el conde de Tendilla sufrió heridas graves y estuvo á punto de caer en manos del enemigo, lo mismo que el duque de Medinaceli, que quedó desmontado y atropellado por la caballería. Al fin los moros comenzaron á alfojar, y pudo el rey continuar su retirada hasta la Peña de los Enamorados, distante siete leguas de Loja, y desde allí prosiguió sin obstáculo á Córdoba <sup>(1)</sup>.

Gran pesadumbre causó á la reina el éxito desgraciado de esta empresa, si bien con su natural pru-

(1) Conde, part. IV., c. 35.—naldez, c. 58.—Lebrija, lib. I., capitulo 7.  
Pulgar, part. III., c. 8 y 9.—Ber-

dencia se abstuvo de manifestarlo en público ni hacer demostracion alguna de sentimiento. La guarnicion de Alhama fué la que más desalentó creyéndose ya perdida, y fué menester toda la entereza del gobernador Portocarrero para contener la indisciplina de los soldados y evitar que abandonáran la plaza: él con su ejemplo y sus vigorosas arengas infundió nuevo aliento y ardor en los ánimos abatidos, y vinoles bien á todos, porque no tardó en presentarse por tercera vez al pie de los muros una legion sarracena, suponiendo á sus defensores acobardados. Por fortuna ni estos lo estaban ya, ni la reina pudo consentir que quedáran sin socorro, y estimulados por ella el rey y los caballeros andaluces volaron en auxilio de los alhameños con multitud de acémilas cargadas de provisiones. Por tercera vez tambien huyeron de aquel sitio funesto los pendones mahometanos al asomar las banderas cristianas. Abasteciéronse los almacenes de vituallas, é informado el rey de las fatigas, privaciones y pervigilios de aquellos heróicos defensores, relevó la guarnicion dejándola al cargo del comendador Juan de Vera.

Reducido en tanto Muley Hacen á la ciudad y distrito de Málaga que le permanecian fieles, limitábase á hacer algaras y correrías por los campos de Estepona, de Algeciras y de Gibraltar, si bien costándole á veces sostener vivas refriegas con los alcaides de las fortalezas cristianas, tales como los intrépidos

Pedro de Vera y Cristóbal de Mesa, que algunas veces daban no poco que hacer con sus valientes lanceiros al expulsado rey de Granada.

Los monarcas castellanos, por el contrario, pensaron entonces seriamente en emprender una guerra formal bajo un plan bien meditado que les diera por resultado algun dia la conquista del reino granadino. Al efecto acordaron volver á Castilla, dejando las fronteras de Andalucía encomendadas al celo de capitanes valerosos y experimentados, la de Jaen á cargo del conde de Treviño, al del maestre de Santiago Alonso de Cárdenas la de Ecija, nombrando asistente de Sevilla por fallecimiento de don Diego de Merlo al conde de Cifuentes, y dando órdenes á los adelantados, duques, marqueses, condes y alcaides de toda la línea para que cada cual vigilára su distrito con esmero. Con esto se vinieron á Madrid para acordar con las córtes sobre los medios de realizar sus planes. Atentos los reyes á todo, dedicáronse á reformar los abusos que se habian introducido en las hermandades de los reinos. Celebraron al efecto en la inmediata villa de Pinto junta general de todos los diputados de las provincias, y de todos los procuradores, tesoreros, oficiales y letrados de las hermandades. En esta reunion cada cual exponia las quejas, los agravios, abusos ó vejaciones de que tenia noticia, bien por parte de los capitanes, empleados ó cuadrilleros de la hermandad, bien por la de los diputados

mismos. Los reyes oyeron todas las demandas y quejas, hicieron justicia sin acepcion de personas, moderaron los salarios, reorganizaron en fin y acabaron de moralizar la institucion, y agradecidos los procuradores de las hermandades á su imparcial y justiciera conducta, les otorgaron hasta ocho mil hombres y diez y seis mil acémilas que habian pedido para reforzar y abastecer de mantenimientos la guarnicion de Alhama. A su ejemplo todos los particulares y personas pudientes del reino, á una indicacion de sus soberanos, les facilitaron un empréstito general, contribuyendo cada cual segun sus facultades en la confianza de ser religiosamente reintegrados. Asimismo el pontífice expidió una bula para que el clero y las órdenes militares y religiosas asi de Aragon como de Castilla les acudiesen con un subsidio para las necesidades de la guerra, y otorgó los honores é indulgencias de cruzada á todos los que en ella se alistasen para pelear contra los moros. Con esto se hallaron los monarcas provistos de recursos (febrero, 1483), para pagar sus atrasos al ejército, y para dar grande impulso á los preparativos de la guerra <sup>(1)</sup>.

Pero la nueva fatal de un suceso, mas desastroso aun que el de la malograda espedicion de Loja, vino á este tiempo á turbar la alegría y las halagüeñas esperanzas de los reyes, de la córte y de los pueblos. El maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas,

(1) Pulgar, Cron., p. III., capítulos 12 y 14.

encargado de la frontera de Ecija, ansioso de señalarse con alguna hazaña contra los moros, determinó hacer una invasion en la Ajarquía de Málaga, fiado en las noticias que le habian dado sus adalides de que allí, despues de atravesar algunas sierras y bosques, hallaria una comarca deliciosa donde pastaban numerosos rebaños de que podria apoderarse fácilmente, volviendo por un camino llano con inmensa presa y privando de sus mejores mantenimientos á los moros de Málaga. En vano el marqués de Cádiz le espuso que segun sus noticias la Ajarquía era un pais montuoso y enriscado, lleno de barrancos y precipicios, propio solo para abrigo de bandoleros y salteadores. El plan del maestre de Santiago fué á pesar de estas reflexiones seguido, y en su virtud reunidos en Antequera los capitanes fronterizos, el marqués de Cádiz, el adelantado don Pedro Enriquez, el conde de Cifuentes, don Alonso de Aguilar y otros caballeros, con las banderas de Córdoba, de Sevilla, de Jerez y otras ciudades de Andalucía, la mas lucida, aunque no la mas numerosa hueste que en muchos años se habia visto, emprendieron su marcha (marzo, 1483) con la esperanza de volver cargados de material riqueza, y con la confianza de no encontrar quien pudiera atreverse á resistirlos.

Tropezando pronto con esabrosos cerros y con ásperas y tortuosas veredas á orillas de hondos precipicios, iban hallando solamente pobres y desiertas

aldeas, cuyos infelices habitantes huian con sus ganados á refugiarse en las cuevas ó en las cumbres casi inaccesibles de las montañas. Los soldados se vengaban en incendiar chozas y en cautivar ancianos á quienes sus achaques no habian permitido seguir á sus fugitivas familias. En esta marcha de devastacion se fueron internando insensiblemente y sin orden, porque no lo consentia el terreno, en lo mas fragoso de las sierras. El ruido de los peñascos que se derumbaban de lo alto de los riscos cayendo sobre la retaguardia de los cristianos, y arrojando en su ímpetu algunos soldados al fondo de los valles, mezclados con una lluvia de venablos y de saetas, avisaron á los espedicionarios, juntamente con los gritos de los moros que coronaban las cumbres, del paso peligroso en que se hallaban metidos. Con ansia esperaban la luz del dia para variar de rumbo: pero azorados ya los adalides, cada vez iban metiendo el desordenado ejército en mas intransitables sinuosidades. Para colmo de su mal, apercibido el viejo Muley Hacen por las fogatas que se divisaban en los montes de que habia enemigos en el territorio de la Ajarquía, ya que los suyos en atencion á su edad y achacosa salud no le consintieron empuñar, como él queria, la cimitarra, y salir en persona á pais tan agrio, envió á su hermano Abu Abdallah el Zagal y á los dos Venegas, Reduan y Abul Cacim, con lo mejor de sus tropas á tomar la embocadura de la Ajarquía hácia el mar y

acuchillar á cuantos cristianos intentáran buscar por allí la salida.

Cuando los cristianos, siguiendo su fatigosa marcha por las vertientes de la sierra, divisaron la ordenada hueste de los musulmanes, creció su confusion y su aturdimiento, muchos por huir resbalaban y caían despeñados en los barrancos, atropellábanse unos á otros, y nadie pensaba sino en salvar su persona. En tal situacion el maestro de Santiago se mantuvo firme y sereno, arengó con fogosa energía á los suyos, «*muramos, les dijo, haciendo camino con el corazon, pues no lo podemos facer con las armas, é no muramos aqui muerte tan torpe: subamos esta sierra como homes, é no estemos abarrancados esperando la muerte, é ve-yendo morir nuestras gentes no las pudiendo valer.*» Y espoleando su caballo trepó á una montaña seguido de los mas esforzados de los suyos, pero perdiéndose en aquella subida su alférez el comendador Becerra, y rodando otros por aquellos despeñaderos. El marqués de Cádiz, guiado por un adalid leal, pudo ladear la misma montaña y salir de la sierra con unas sesenta lanzas. El conde de Cifuentes, el adelantado y don Alonso de Aguilar, no pudiendo seguir la tortuosa senda que el marqués llevaba, dieron en la celada de el Zagal, que interpuesto entre unos y otros no los permitia socorrerse. Por todas partes eran los cristianos envueltos y despedazados, los unos con lanzas y alfanges, los otros con flechas y venablos, con pie-

dras los demas, siendo no pocos los que morian sin heridas abrumados del hambre y del cansancio, «*é tan grande era el temor que tenian, dice el cronista, que ninguno sabia de su compañero, ni le sabia ayudar, y en aquella hora ni vian señal de trompeta que guardasen, ni donde se acaudillasen.*» Allí perecieron tres hermanos y dos sobrinos del marqués de Cádiz con muchos caballeros de ilustre linage. El nombre de *Cuestas de la Matanza* que quedó á las montañas de Cútar es un triste testimonio de la horrible mortandad que aquel dia sufrieron los cristianos.

Salváronse por fortuna los principales caudillos como mejor pudieron. El marqués de Cádiz anduvo cuatro leguas de selva en un caballo que le prestaron para poder salir de la Ajarquía. El gran maestro de Santiago, que se encontró tambien á pie, tomó el caballo de uno de sus criados, y se salvó con un guia por los mas ásperos senderos. «*No vuelvo las espaldas á estos moros, decia, pero fuyo, Señor, la tierra que se ha mostrado hoy contra nosotros por nuestros pecados.*» El adelantado Enriquez y don Alonso de Aguilar pasaron la noche entre unos peñascos oyendo la gritería y algazara de los vencedores, y no pudieron hasta la mañana hallar salida á aquel laberinto por lugares fragosos. Mas desgraciado todavía el conde de Cifuentes, huyendo por desfiladeros dió en la emboscada de Reduan Venegas, el cual viéndole de-

fenderse de una multitud de moros que le rodeaban quiso batirse con él cuerpo á cuerpo hasta que le rindió, prohibiendo despues bajo pena de la vida á los soldados que le injuriáran ni le molestáran. Su hermano don Pedro de Silva y algunos otros caballeros se entregaron tambien al generoso moro, y todos fueron conducidos prisioneros á Málaga. Era tal el aturdimiento de los cristianos en su desastrosa huida, que á veces un solo moro desarmaba hacia prisioneros á cinco ó seis cristianos con armas, y hasta las mugeres cautivaban á los que andaban por entre los matorrales atónitos y dispersos (1).

El desastre de la Ajarquía derramó el luto y la consternacion en todos los pueblos de Andalucía; apenas habia familia que no llorara algun individuo muerto ó cautivo, y como dice un cronista, no habia ojos enjutos en todo el pais. Los escritores de aquel tiempo atribuyeron la desgracia á castigo de la Providencia por las interesadas miras que dicen impulsaron á aquella expedición á los cristianos, y porque la codicia y no el mejor servicio de Dios los habia conducido allí, no cuidando de prepararse como gen-

(1) Bernaldez, cap. 60.—Pulgar, p. III., c. 19.—Carvajal, Anal. Año 1483.—El conde de Cifuentes, á quien el ilustrado Oviedo cuenta entre las mejores lanzas que habia en España en aquel tiempo, fué tratado con mucha consideracion por los vencedores, igualmente que sus compañeros de prision. Despues de haberle

tenido algun tiempo en Málaga, fué trasladado á Granada, cuando Muley Abul Hacen recobró el trono, y en 1486 logró su rescate por una cuantiosa suma de dinero. Los soldados y gente menuda fueron encerrados en mazmorras y vendidos despues como esclavos en las ferias públicas.

te religiosa que iba á pelear en defensa de la fé (1). Otros culparon de traicion á los adalides. Al fin los que se salvaron se fueron reuniendo en Archidona y Antequera, algunos de ellos despues de haber andado muchos dias por los montes y breñas alimentándose de yerbas y raices, volviendo escualidos y moribundos cuando ya se los contaba por muertos.

General fué la alegría que causó en Granada el desastre de los cristianos en la Ajarquía. Solo hubo uno que no participara del gozo público; que fué el rey Boabdil, el cual veia con envidia y con pena los aplausos que el pueblo daba á su padre Muley, y principalmente á su tio el Zagal. Comprendiendo pues Boabdil *el Chico* (2) que para no acabar de desconceptuarse con los suyos, que ya le murmuraban al verle pasar la vida en las delicias de la Alhambra, necesitaba acometer tambien alguna empresa ruidosa contra los cristianos, juntó una hueste de mil quinientos caballos y siete mil infantes, la flor de los

(1) Bernaldez dice que en no haberse confesado como correspondia, «dieron á conocer que no iban con buenas disposiciones, sino con poco respeto del servicio de Dios, movidos solo por la codicia y el deseo de una ganancia impia.»—Pulgar expresa que les sucedió por su soberbia y orgullo, y «porque la confianza que debian tener en Dios la pusieron en la fuerza de la gente.»—Y en un manuscrito de aquel tiempo se estampa «que mas iban á mercadear que á servir á Dios, porque pen-

saban que habia de ser el despojo como el de Alhama.»—La pérdida, segun Bernaldez, el cura de los Palacios, fué de 800 muertos y 4,300 cautivos, entre ellos 400 caballeros de linage. Pero hay variedad en los demas cronistas en cuanto á la cifra de muertos y prisioneros.

(2) Llamáronle asi los españoles, segun unos por haber sido proclamado muy jóven, segun otros para distinguirle de su tio, que se llamaba tambien Abdallah como él.